

Jueves I del TO Ciclo B



11 de enero de 2024

1Sam 4, 1-11

Sal 43

Mc 1, 40-45

Eduardo Suanzes, msps

En la Biblia y en la sociedad judía la lepra era considerada un castigo divino. El leproso es un impuro ritual total, nadie puede estar cerca de él, ni mucho menos tocarle, pues incurriría en impureza grave. Tampoco puede acercarse a nadie, sino que debe advertir desde lejos su enfermedad para que se alejen de él. Por eso los leprosos son símbolo de los marginados totales, de los siempre solos y aislados. Son muertos vivientes.

Este leproso del relato ha roto las reglas, pues «*se acerca*» a Jesús, llevado por su postración. El leproso se pone de rodillas y expresa su fe: «*si quieres, puedes limpiarme*». El mayor mal de este hombre es que ha sido condenado por su religión a estar alejado no sólo de los hombres, sino, sobre todo, de Dios. La impureza es eso: alejamiento de Dios. A este hombre (y a todos los que simboliza) le han imbuido que Dios no quiere nada con él, que Dios le rechaza, y eso conlleva para él un radical complejo de mancha, de indignidad ante Dios, y, con ello, la pérdida de toda expectativa vital y de salvación. Es un muerto en vida, es un condenado.

Marcos muestra a Jesús «*compadecido*» (hace suyo el padecimiento del otro) o, mejor, «*conmovido*» y va a mostrar la misericordia maternal entrañable y vivificadora que Dios es, y extiende la mano y «*toca*» al leproso. Jesús, siguiendo la Ley, tendría que haberse apartado del leproso, pero no lo hace. Toca al intocable, le hace presente físicamente su proximidad, piel con piel, estableciendo un flujo de intercomunicación integradora, inclusiva, lo contrario a la exclusión que marca la Ley. Y expresa su sentir: «*quiero, queda limpio*».

El sentido de todo esto es que el leproso no es impuro, y que la impureza no viene de Dios. Al contrario, la voluntad de Dios («*quiero*») es integrar al hombre en su seno («*queda limpio*»). Dios no es exclusión marginadora, sino inclusión liberadora. Al hablar Jesús como Dios se le identifica con Él, y, dado el sentido pedagógico del evangelio, se invita a todo discípulo a que también se identifique con Dios, y a que sea "divino" hablando-haciendo eso que Dios es y que cada uno es, es decir, integrando en su ser a todos, acercándose a los intocables, tocándoles y expresándoles su sentir: quiero, queda limpio. Nadie es "rechazable" (impuro), ya que Dios es todos sus hijos y todos son hijos de Dios.

Aquí hay una idea revolucionaria: ***no se contagia la impureza, sino la pureza***. Es dar la vuelta a todo el sistema moral, positivándolo, y es positivar también la visión de Dios, de quien surge lo positivo y lo liberador de toda carga. Así, el postrado, abierto e instalado en el ámbito del amor, deja de sentirse sucio y rechazable, y recupera su ser.

Está claro que la prohibición de decir nada no tiene sentido realista, pues si el leproso ha dejado de serlo, eso saltará a la vista de todos. Su sentido es simbólico-teológico es este: Marcos muestra a Jesús prohibiendo que se le califique como Mesías poderoso y triunfante porque su mesianismo va a ser otro: el aparente fracaso, el anonadamiento, la entrega de la propia vida. Jesús no ha venido a "ganar" sino a "perder", a servir, y quien le siga deberá estar dispuesto a esforzarse, a renunciar, a trabajar calladamente, a no ganar nada, a perder e, incluso, a donar la vida. Aclamar a Jesús como el mesías triunfador que resuelve la vida y sus riesgos con portentos es una tentación rechazable (por eso, tales aclamaciones suelen ser puestas en boca de demonios).

Y una segunda orden: «*muéstrate al sacerdote*». La Ley mandaba a los que sanaban de una enfermedad de piel que fueran al sacerdote para que certificara su sanación. ¿Por qué Jesús manda al leproso que cumpla la Ley? No es, ciertamente, por «legalismo» (Jesús ha transgredido la Ley varias veces ya en este primer capítulo), sino que tiene que ver con el concepto de «sanación» evangélico: no basta con que el individuo sane interiormente, personalmente, sino que la sanación tiene una dimensión social. No basta con dignificar con el amor personal dado al marginado, sino que también hay que reintegrar a éste en la sociedad (pues eso es la marginación social: la sociedad "aparta" a la persona). Si el leproso va al sacerdote y éste certifica su curación, el leproso podrá volver a encontrarse con la gente, trabajar, vivir en sociedad; es decir dejará de ser un marginado.

En el relato, esta libertad que surge del amor implica un riesgo para quien lo vive: al saberse que ha tocado al leproso, Jesús queda oficialmente impuro, es considerado un cuasi-leproso que no puede entrar en ninguna ciudad. El amor a un marginado ha hecho de Jesús un marginado. A los ojos de la Ley y del convencionalismo social, el "tocar" al manchado le ha manchado, le ha contaminado, le ha impurificado. Pero el amor es identificación con todas sus consecuencias. La idea del "amor arriesgado" irrumpe aquí en el evangelio de Marcos, y estará presente hasta el final. Amar realmente no es fácil, tiene un precio que pagar. Es la negación del cristianismo "light", cómodo y descomprometido, que Marcos deja claro ya en el siglo I. A partir de esta escena aparecerá la oposición creciente de los dirigentes contra Jesús.